CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

COMEDIA EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

DON FRANCISCO JAVIER PASTOR.

Representada en Madrid en el teatro del Recreo con extraordinario aplauso, la noche del 6 de Febrero de 1869, á beneficio de la primera actriz

DOÑA TRINIDAD VÉDIA.



MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.
1869.



PERSONAJES.	ACTORES.
LA MARQUESA..........	Doña Juana Gonzalez.
ENRIQUE, 16 años.........	Trinidad Vedia.
FLORENTINA............	Josefa de Anca.
MARTA................	Concha Collado.
D. CLEMENTE, clérigo....	D. José Banovio.
ANDRÉS................	Juan J. Lujan.
JUAN..................	Andrés Ruesga.

La accion en una quinta inmediata á Toledo.
Época actual.

ACTO ÚNICO.

Una sala lujosa separada del jardin, que será el fondo, por una balaustrada de mármol practicable en el centro. Puertas laterales.

ESCENA PRIMERA.

La MARQUESA, D. CLEMENTE y ANDRÉS en el fondo, arreglando unas macetas y poniendo algunas guirnaldas de tiesto á tiesto. La Marquesa está sentada y meditabunda. D. Clemente á su lado en pie.

MARQ. Siempre lo mismo!
CLEM. Señora!...
MARQ. ¡El corazon se me parte!
CLEM. Tal es mi deber; lo siento...
fuera delito excusarse.
Soy su preceptor, su amigo,
aún es tiempo, despues tarde,
pues va siendo incorregible!...
MARQ. ¿Sabe usted que soy su madre?
CLEM. Por lo mismo que lo sé
no debe usted disculparle.
Ese cariño excesivo...
no ve en él lo que mal hace,
y su orgullo en alto grado
al fin habrá de arrastrarle.

Tiene un talento precoz,
pues no hay muchos en su clase
que á una edad como la suya
en estudios le aventajen.
Pero es preciso, señora,
evitar á todo trance
que se eche en brazos del vicio
próximo ya á despertarse.
Trata mal á los criados,
yo le reconvengo en balde,
infiere injurias á todos,
y de ello usted es culpable.

MARQ. ¿Yo?...

CLEM. Usted, sin que quede duda;
usted, que quiere educarle
y se goza en sus locuras
bien graciosas ó tachables.
Yo, que soy su preceptor,
repito que no me place
verme á veces motejado,
sin que mis consejos basten...

MARQ. Mire usted, no estamos solos.

CLEM. ¿Qué buscas? (Á Andrés.)

ANDRES. No busco á nadie.
(Acercándose á distancia conveniente.)
Soy Andrés el jardinero...
Como mañana es el Cármen
y va á cumplir don Enrique
sus diez y seis navidades,
dije á los chicos: ¡caramba!...
vamos á armar un follaje;
é hicimos esa glorieta
con tiestos chicos y grandes
y guirnaldas, y coronas,
y berbenas, y arrayanes,
y... mucha ojarasca, mucha,
y muy trenzado el ramaje.

CLEM. Está bien, anda con Dios.

ANDRES. El caso era... qué diantre!
como ayer el señorito
se empeñó en cortar un sauce...

MARQ. ¿Y lo ha cortado?

ANDRES. Á cercen,
como un jamon en fiambre.
Si no deja cosa á vida!
Pues ¿y soltar el estanque?
Dice que es muy conveniente
entre los peces se guarden
las medidas... ¿cómo llama?...
de *Eugenie*... ó como se llamen,
y que el agua está compuesta
con *fudrógeno* y con aire...
(Se sonrie la Marquesa. Señales de impaciencia en D. Clemente.)
Pero señor don Clemente,
qué cosas va usté á enseñarle!...
CLEM. Ríase usted bien, señora;
porque son muy agradables
las gracias del señorito...
usted llorará y bastante!
ANDRES. Tambien á mí me da risa;
aunque á la verdad, hay lances
que me ponen de un humor...
porque al fin no hay quien aguante
estar hecho un azacan
y siempre dale que dale,
para que él venga y destruya
de un golpe cuanto uno hace.
MARQ. Si es casi un niño!
CLEM. Y mimado.
ANDRES. Hace bien, para eso es grande
y rico... y marqués... y noble...
Lo que sí fué un disparate
es el soltar los canarios
MARQ. ¡Mis canarios!! ¿cómo?
ANDRES. Aguarde...
Se subió sobre una silla,
abrió la puerta á las aves,
se fueron una tras otra
sin decirnos ¡buenas tardes!...
MARQ. ¡Dios mio! mi pajarera!...
Don Clemente, esto es infame!...
Necio, torpe. ¿y no lo impides?
ANDRES. ¿Impedirlo?... Dios me guarde!

Luego viene á su mamá,
grita que soy un bergante,
él se lleva la razon,
y me ponen en la calle.

Clem. No te he dicho que te vayas?

Andres. Pues me voy. Señora, en balde
yo á usía suplicaria
si falté, me perdonase;
porque la culpa no es mia...
Soy un pobre badulaque,
y como es el señorito...
y no es justo... que se enfade...
cada uno es amo en su casa
y manda más que el alcalde.

Marq. Está bien, anda con Dios.
¿Lo oyes? vete.

Andres. Dios los guarde. (*Váse.*)

ESCENA II.

La MARQUESA y D. CLEMENTE.

Clem. Ya usted ve, no tiene fin...
ahora mismo, á cada instante,
una nueva travesura
viene á aumentar los quilates
de su inquieta condicion.
No puedo... es insoportable...
Hoy me ausento de esta casa:
no pisaré sus umbrales
hasta verle corregido.

Marq. ¿Se va?...

Clem. Es indispensable.

Marq. Deja usted en el abandono
á una mujer? Si no caben
en la amistad sacrificios,
diga usted dónde los halle.

Clem. Pues bien, ha de corregirse
que ya va haciéndose tarde.
No basta con rostro serio
amenazar, castigarle,
predicar moderacion

cuando de experiencia sabe
que están brindando indulgencia
esa voz, ese semblante.

MARQ. Esta vez...

CLEM. Será cual todas.

MARQ. Yo lo afirmo.

CLEM. Disparate;
cuántas veces usted misma
en vez de reñirle aplaude?...

MARQ. Sola y viuda, en él encuentro
el retrato de su padre.

CLEM. Y labra usted su desgracia
dejando precipitarse
á un chico, que al ser un hombre,
cuando sus brios alcancen
á sastifacer sus gustos,
su capricho intolerante,
jóven, rico, poderoso,
hirviendo en fuego su sangre,
querrá que á su voluntad
se domen mil voluntades.

ESCENA III.

DICHOS, MARTA, que sale precipitadamente del jardin mirando atrás.

MARTA. ¡Ay señora!...

MARQ. ¿Qué sucede?

CLEM. ¿Con quién reñias?

MARTA. Con... nadie...
Si era que...

CLEM. Dilo y no mientas.

MARTA. ¿Quién, yo?.. primero me maten...

MARQ. Por qué estás tan asustada?

MARTA. Si... no...

MARQ. Dilo...

CLEM. Perdurable!...

MARTA. Pues, señora, don Enrique,
que se ha empeñado en atarme
una liga, porque... á veces
alguna suele aflojarse,

y hoy con el tragin... sin duda
se me soltó...

CLEM. No hay aguante!

MARTA. Bueno que lo sepa usía ..

MARQ. ¡Hay tal insolencia!...

MARTA. Á escape
me siguió... pero qué tema!..
Dice que usted le ha enseñado (*Á D. Clemete.*)
á ejercer la caridad
con los pobres mendicantes;
si á ustedes no los encuentro,
hay aquí algun cipizape;
que aunque soy una criada,
soy una mujer y baste;
y el niño ya no es tan niño,
que tiene intentos de grande,
y soy casada... y hônesta...
y esas cosas no se hacen;
y mejor que hablar en gringo
y la *esgrimia* y la *gimnasie*,
bueno fuera le enseñasen
á no cometer desmanes.

MARQ. Tiene razon... (Qué vergüenza.)

CLEM. (¡Otra humillacion!...)

MARTA. ¡Carape!
¿no digo muy bien, señora?
Siento que usía se enfade;
pero aunque dice el precepto
«haz lo que tu amo te mande,»
tal puede un amo mandar,
que fuera hacerlo culpable;
ni que lo mandara el Nuncio,
ni el Papa, ni el gran *sorchante.*

MARQ. No comprendes que es muy chico,
y no mira lo que hace?

MARTA. ¡Muy chico!... Para estos juegos
humos tiene de jigante

CLEM. ¿No conoces que incomodas
á tu señora?...

MARTA. Callarme
será mejor.

MARQ. Vete, Mart

que yo haré por castigarle.
MARTA. Señora, usía es tan buena...
MARQ. Anda con Dios.
MARTA. ¡Es un ángel!
pero en cuanto al señorito...
vaya unas chanzas... ¡carapel... (Vase.)

ESCENA IV.

MARQUESA, D. CLEMENTE.

MARQ. No puedo más!... (Abatida.)
CLEM. Mire usted
si mis planes...
MARQ. Que no baste
el buen ejemplo y costumbres
de mi casa!...
CLEM. Fuera en balde;
Yo le haré ver la razon
de su proceder infame,
indigno de un caballero
de hidalga estirpe y linaje;
mas usted...
MARQ. Sí; he de ser yo
quien se lo diga, y le harte
de reproches y denuestos
nunca más justos, más graves.
CLEM. Pero tanta indignacion,
más que bienes, dará males;
vamos, temo á usted de veras...
MARQ. Yo me contendré... (Reprimiéndose.)
CLEM. Bastante
será decirle que pruebe
á mitigar sus arranques;
que por usted.. por él mismo
quiera una vez moderarse.
MARQ. Él se acerca.
(Enrique aparece por un lado del fondo embebido en la lectura de un libro.)
CLEM. Pues me voy:
firme en él, sin tolerarle...
si esta vez no se corrige,

llevo mi plan adelante. (Váse.)

ESCENA V.

La MARQUESA sentada, ENRIQUE vestido al gusto del dia, muy entusiasmado, leyendo y declamando.

ENR. Duérmete mi vida,
duérmete mi bien,
su aliento las flores
su aroma te den.
Los tallos de la rosa
nunca dan flor,
ni el olor del jacinto
quita el color.
No labran las abejas
cera sin miel,
ni ébano son tus ojos,
rubia Isabel.
Cuando ries y lloras
en el pensil,
pareces á las auras
del mes de abril.
Con el llanto oscureces
el arrebol.
Y en abril suele á veces
llover con sol.
Duérmete mi vida,
duérmete mi bien;
su aroma las flores
su aliento te den.
Duérmete mi vida,
duérmete mi bien!...
(Reparando en la Marquesa, que demostrará el enfado.)
¿Te agrada la entonacion?
Ya ves si soy aplicado;
sólo una vez he pasado
tan linda composicion,
y sin perder una coma
se aprende, no se discurre...
¡Ay! don Clemente me aburre

con su Grecia y con su Roma.
(Remedando el tono gangoso y pedantesco del maestro.)
¡Qué obra escribió Mucio Scévola?
¿Quién fué el padre de Milciades?
¿Qué historieta de Alcibiades
se cuenta por lo malévola?
¿Y el latin?... hay quien le quiera?
Hacen en abi y en atum
como amavi y como amatum
los verbos de la primera.
¿Estás triste, mamá mia?
¿no me respondes? ¿Qué es esto?
Conmigo torcido el gesto?
Qué, ¿te ofende mi alegría?
Te aflijo? vuelves la cara
que está vibrándome enojos,
y airados lanzan tus ojos
rayos de ira!... estás muy rara.

MARQ. Qué es lo que quereis saber?
Locuras, juegos, ruindades
de un jóven que en liviandades
estriba el buen proceder!...
que hiere un ilustre nombre
y de una madre el cariño
con pretensiones de niño
y atrevimientos de hombre.

ENR. Ta, ta, ta... ¿riña sin tasa?...
Paciencia!... ya lo lograron...
contra mí se conjuraron
cuantos hay en esta casa.
Porque me quiere mi madre...
porque yo la quiero á ella...
porque es tan buena y tan bella,
¡y porque no tengo padre!... (Afligido.)

MARQ. Y negarás todavía ..

ENR. ¡Qué he de negar!... nada niego;
soy muy malo; yo te ruego
que me riñas á porfia!...
El sauce, la pajarera,
y los peces y las flores...
¡Te habrán dicho mil horrores!...

Ya se ve... de esta manera
consiguen hacerme daño,
y lograrán su deseo...

MARQ. Segun te disculpas, creo
me dirás que ha sido engaño.

ENR. Ya que me pones en prensa
por calumnias de esa gente,
verás que soy inocente
si atiendes á mi defensa.
Tres culpas hay, la del sauce,
la de haber en el jardin
cortado flores, y en fin,
la de vaciar de agua el cauce.
La primera la confieso,
mas se disculpa mi accion
porque mi buena intencion
responde de tal exceso.
Yo corté el árbol, mamá,
para dar á un pobre leña;
pues la caridad enseña
que el que da al pobre, bien da.
Paso á tu cargo segundo,
y le confieso tambien,
pues en ello hice muy bien,
y verás en qué me fundo.
Corriendo por el jardin
que de flores mil se llena,
me cautivó la azucena
y la rosa y el jazmin.
¡Ya sabes cuánto las amo!..
Cogí flores, muchas flores,
de entre todas las mejores,
y con ellas hice un ramo;
no fué un capricho de niño
el hacer un ramo así,
fué para dártele á tí
en señal de mi cariño.
Y ahora, mamá, considera
que en esta falta segunda,
toda la razon se funda
en disculpar la tercera.
¿Cómo he de darte contento

la prueba de mis amores
con un ramo, si las flores
se quedan sin alimento?
Por tanto, perdon reclamo,
y en justicia... le has de dar,
pues no me hicieron faltar
el sauce, el agua y el ramo.

MARQ. Está muy bien, si no hubiera
otros delitos mayores...

ENR. Aún no cesan tus rigores?...
¿Qué otra acusacion me espera?
Hay un delito?

MARQ. Son varios,
que es forzoso que te diga.
¡Hay de por medio una liga!...
y una *evasion* de canarios.

ENR. Si es eso solo, inocente
me proclamo desde luego...
Todo es verdad, no lo niego,
mas la defensa es corriente.

MARQ. Lo veremos.

ENR. No hay nacion
que á la esclavitud defienda,
y todos en tal contienda
piden la emancipacion.
Luce el sol de la verdad
que da fin á nuestras penas,
y se rompen las cadenas
á un *«viva la libertad.»*
Esto sentado, me empeño
en hacerte comprender,
que una casa debe ser
como un estado en pequeño.
Pues si en la patria es un bien
una libertad inmensa,
segun nos dice la prensa,
debe haberla aquí tambien.
Y unido á los partidarios
de la libertad, con gusto
cometí el acto tan justo
de dejarte sin canarios.

MARQ. ¡Vaya una accion meritoria!

Tu desenfado me exalta!

ENR. Pues la falta... que me falta,
tiene perdon en la historia.
En Inglaterra hubo un rey
que de justo se preciaba;
la *Jarretiera* fundaba
que luego pasó á ser ley.
Diz que en un baile perdió
una liga una elegante,
y el rey, á fuer de galante,
del suelo la recogió.
Se murmuró su fineza
por la encopetada grey,
y al notarlo, exlamó el rey
con arrogante nobleza:
»Yo os doy mi palabra real
de que en mi sencilla accion,
no hubo sombra de baldon;
maldito quien piense mal.
Y en Inglaterra desde hoy
este objeto despreciado,
será emblema codiciado
que en la *Jarretiera* doy.»
Por lo tanto ves aquí
cómo aquel rey se portó;
su ejemplo fiel tomé yo
y la liga recogí.
Dame, pues, tu mano amiga
y serás justo conmigo,
porque es un mudo testigo
de mi virtud esa liga.

MARQ. No te doy la absolucion.

ENR. Si ya me tienes contrito
y mil veces te repito...

MARQ. Bueno, tienes mi perdon;
pero si hubiere otro exceso...

ENR. Si estoy perdonado ya,
(Aparece D. Clemente y se queda parado escuchando los últimos versos.)
no me riñas más, mamá.

MARQ. Bien, hijo, bien, toma un beso...

ESCENA VI.

DICHOS, D. CLEMENTE.

MARQ. Y ahora, señor don Clemente,
toca á usted...

CLEM. Por hoy basta:
olvido y perdon se ha dicho;
sabe usted que agua pasada...
y machacar tanto y tanto...
aun más que corrige, cansa.

ENR. ¡Que viva mi preceptor!...
Bien dicen, que brota el alma
por el discurso y los ojos.
Es tan bueno...

CLEM. Me empalagan
las lisonjas.

ENR. Pues me callo.
(Lo que es con este no pasan.)

MARQ. (Á Enrique.) Voy al salon, y te espero
para almorzar. Adios... ¡Marta!... (Llama.)
el desayuno... (Á Enrique.) No tardes,
y cúmpleme tu palabra. (Váse.)

ENR. Así lo haré... (Ya pasó
la última calaverada.)

ESCENA VII.

D. CLEMENTE, ENRIQUE, MARTA y ANDRÉS.

MARTA. Voy, señora... ¡ay, Dios! el diablo!
(Viendo á Enrique y huye.)
¡que no me siga, Santa Ana!...

ANDRES. ¿No oyes que te están llamando?
de qué te asustas, muchacha?
¡El señorito!... ¡Demonio! (Id.)
valedme, si quereis, patas! (Váse.)

ESCENA VIII.

D. CLEMENTE, ENRIQUE.

CLEM. Solos estamos Enrique:
quisiera hablar dos palabras
contigo; tengo derecho,
pero te pido por gracia
que te prestes á escucharme.

ENR. Ya; pero mamá me llama
para almorzar.

CLEM. Seré breve,
pues de ella misma se trata.
Enrique, diez años hace... (Con dulzura.)
y más... que mi amor te guarda,
no de preceptor, de amigo,
una amistad noble y franca.
Tienes muy buen natural,
muy generoso, y no escasa
es tu inteligencia, pero...

ENR. (Con petulancia.) (El pero sólo faltaba.)

CLEM. Sin corregir desde niño,
bien á mi pesar, la infancia
te pasaste en travesuras
inocentes, pero caras.
Has llegado ya á una edad
en que las pasiones cambian,
y ahora ya son mocedades
lo que ántes eran niñadas.
Cuanto á tu madre le digan
puedo asegurar es nada,
comparado al torbellino
que ese carácter desata;
maltratando á los criados...
insultando á las criadas...
Apelo á tu corazon...
y baste ya!...

ENR. Bien; bastaran
á ser ciertas; pero es llano
que aquel que exagera, engaña
Es ya manía; es horror

el que tiene esa canalla
á mi persona, á mi nombre;
y mi madre lo ve, y pasa
por todo. Cierto que usted
me ha echado tan buena fama
que á no ser por su cariño
juzgo que me desterrara
de su presencia.

CLEM. ¡Ay, Enrique!
sabe que los tiempos cambian,
y no hay fortuna segura...

ENR. ¡Buena está la ***geremiada***!
Ayo, preceptor y dómine,
maestro de matemáticas;
que es usté una enciclopedia
eso es verdad extremada.
Un sabio, cuyo talento
reflejado está en su cara,
y que ha sabido filtrarse
hace tiempo en esta casa,
para ser dueño y señor;
pues con dos ***chancharramanchas***
sobre mis vicios...—¿No es cierto?...
y levantarse las mangas
para echar la bendicion
en la mesa, tiene cuantas
necesidades le ocurran
satisfechas por mi causa.
Mi madre es una señora
tan noble, tan buena y santa,
que da doce mil realitos
de salario ó de soldada,
amen de los gajecillos
y los regalos por Pascuas,
y los botes de tabaco,
y tal vez alguna alhaja
que dan. Y si no, se pide.
Tiene usted en mi una ganga!...
Pues bien, si esto ha de durar,
déjeme usted, pues. (Leve pausa.)

CLEM. (Con abatimiento contemplándole.)
¡Qué lástima!...

¡De insultarme eres capaz!...
ENR. Todo ello ha sido una chanza.
CLEM. Y echarme en cara te atreves...
ENR. Siempre la verdad amarga.
CLEM. Mas esa verdad no apruebo,
porque en su principio es falsa!...
ENR. Se va usted á enfadar ahora?
CLEM. Tan buen criterio!
¡Qué lástima!
ENR. Nadie se lastima, es falso,
esa es la mayor desgracia
de las gentes de estos tiempos,
y cuando dicen... ¡qué lástima!
no es por el mal que sucede,
sino por el bien que pasa.
CLEM. No entiendo...
ENR. Me explicaré;
un poquito de cachaza.
Hay casos que al mundo pesan
siempre que en el mundo pasan,
porque contristan al triste
y sin agravios agravian.
Hay muchos que encienden mechas
en las cosas de su casa;
y otros que dudan con dados
y pegan porque no pagan.
Vuelca al volver de una esquina
una carroza *opilada*
y hacen corro los ociosos
aguardando una desgracia,
que al ver que salen ilesos
coche, cochero y la carga,
se van diciendo entre dientes...
no se mataron!...
¡Qué lástima!...
Sorprende con un don Juan
don Luis á su doña Juana,
(que es celoso aunque marido)
y ella al fin una de tantas,
mas cuando piensa la gente
presenciar una sonada,
él se la lleva del brazo

y ellos murmuran...
¡Qué lástima!...
Tiene un duelo un general
que ha ganado cien batallas,
y se esparce la noticia
por las calles y las plazas;
es más dichoso, ó más diestro;
y queda salvo, á Dios gracias,
y al saberlo los ociosos
dicen en coro...
¡Qué lástima!...
(Cambiando de tono.)
Muérese una pobre viuda
de seis hijos rodeada,
sin médico, sin botica,
sin pan, sin fuego y sin agua,
de los hombres y del mundo
mas no de Dios olvidada!...
y al verla llevar al hoyo,
nadie hay que diga...
¡¡Qué lástima!!!
Pues si hay hombres sin conciencia, (Pausa.)
mujeres ataviadas
con el galardon del lujo
y de la deshonra en aras,
sin caridad, sin virtud,
sin abnegacion, sin alma,
corazones que no sienten
el bien que el hacer bien causa,
cuando la desdicha llegue,
¿Quién ha de decir...
Qué lástima?

CLEM. Bien sentido, muy bien dicho.
ENR. Si usted sabe lo que pasa
en el mundo yo tambien.
CLEM. Esa discrecion es falsa;
ahora es costumbre en los mozos
ser profundos, y relatan
como loros lo que aprenden
de noche ó por la mañana...
ENR. ¿No es un honor para usted
que un niño, como me llaman,

juzgue y prejuzgue á sus años?

CLEM. Bien, pero no en epígrama. (Ironía.)

ENR. Con las lecciones de usted...
el estudio... la enseñanza...
y el *Flo-santorum* y el *Quempis*...

CLEM. Cáustico, mordaz, infama
el noble timbre adquirido
por tus mayores...

ENR. ¿Se enfada?
Pues bien, quede entre los dos
esta cuestion, que ya es árdua,
y vea que mamá llega;
haga usted no sepa nada.
Siempre con ella soy niño.
(Con los demas lo que salga.)

ESCENA IX.

DICHOS, LA MARQUESA.

MARQ. Bien te podia aguardar!...
¿Sabes que ha llegado el ama?
Florentina, tu nodriza;
qué gorda viene y qué guapa!
y Juan, tu hermano de leche.
Ahí quedan en la antesala.
(Ap. á D. Clemente.)
Ya está amonestado?

CLEM. Un poco.

MARQ. ¿Y qué tal?

CLEM. Algo se amansa.

MARQ. ¿Ya nuestro plan no es preciso?...

CLEM. Nunca nos hizo más falta.

ENR. Vamos, señor don Clemente, (Ap. á este.)
¡qué par de hebillas de plata
va á valer el sermoncillo!

MARQ. Hélos aquí.
(Viendo á Florentina y Juan.)

ENR. Buenas fachas!... (Con disgusto.)

ESCENA X.

DICHOS, FLORENTINA y JUAN, ambos vestidos de aldeanos.

FLOR. ¡Qué guapo está!... que crecido!...
(Yendo á contemplar á Enrique.)
Es la cara de su padre.
JUAN. Si no fuera por su madre,
no le hubiera conocido.
CLEM. ¿Recibió usted una carta? (Á Florentina.)
FLOR. Si señor, para eso vengo. (Á D. Clemente.)
CLEM. Qué dice usted?...
FLOR. Que convengo. (Id.)
ENR. ¡Ay qué fastidioso!... ¡aparta!... (Á Juan.)
JUAN. Vaya, que estás muy uraño.
MARQ. Enrique, ten más dulzura...
¿Y en el pueblo? (Á Florentina.)
FLOR. Quién se apura?
aunque la cosecha ogaño
no deja de ser mediana:
de cebada, así... tal cual,
pero el garbanzo fatal,
y el azafran no zafrana.
Hay de insectos una plaga,
y aunque abunda el alazor,
tiene muy bajo el color
y está lleno de viznaga.
MARQ. Vida feliz y envidiada
la del campo.
FLOR. ¡Quiá! Señora!..
¿Es ser feliz á la hora
vestirse de madrugada?...
rezar, y con mil trabajos
llenar las pilas del pozo,
é ir preparando á ese mozo
migas ó sopas con ajos?
y hasta las doce sudar
contenta, pues Dios me ayuda,
que en el campo el que no suda
no sabe qué es trabajar.
MARQ. ¿Qué dice usted, don Clemente?

CLEM. Digo que son muy felices.
JUAN. Tambien tiene sus deslices
cuando viene el intendente;
mas si no hay bienes no hay males,
que aún no he roto la alcancía.
CLEM. ¿Tienes ahorros?...
JUAN. Tenia
como unos cincuenta reales.
ENR. (Con burla.)
Yo quiero ser labrador.
CLEM. Ya lo serás. (Con intencion.)
JUAN. (Contento.) Bueno, bueno.
CLEM. Entiende el arte de lleno
y maneja á su sabor
el hacha para cortar
un árbol, y de su cáuce
volver las aguas, y un sáuce
si le estorba, derribar.
JUAN. Jesus!... pues una tormenta
no hiciera mas!...
ENR. (Á D. Clemente.) (Las hebillas
ya le hacen á usted cosquillas.
Luego veremos la cuenta.)
MARQ. (Á Juan y Enrique.)
Venid al jardin los dos,
vereis qué frutas, qué flores.
JUAN. ¿Voy, madre?
FLOR. Si los señores
lo mandan, anda con Dios.
JUAN. Adios!...
MARQ. Asidos del brazo
(La accion con el verso.)
como hermanos.
ENR. ¡Qué porfía!...
JUAN. No cojo en mí de alegría ..
¡Ah! la mano y un abrazo.
(Á tiempo de llegar al fondo, suelta Juan el brazo de Enrique y baja á besar la mano á su madre y abrazarla.)

ESCENA XI.

D. CLEMENTE y FLORENTINA.

FLOR. Don Clemente, es un asunto
que me sorprende, y no acierto
esa intencion.—¿Pero es cierto
que don Enrique...

CLEM. ¡Punto!
Ya dije mi pensamiento
en la carta, es necesario.

FLOR. No opino yo lo contrario;
pero con el sentimiento
de ofender á mi señora,
porque esto ha de disgustarla.

CLEM. Convencerla ó engañarla
es lo conveniente ahora.

FLOR. Separarme de mi hijo
tanto tiempo, es dura pena.

CLEM. Para hacer una obra buena
Dios ayudará.

FLOR. Colijo
que así se debe de hacer:
obra usted cual obra el hombre
recto y justo; no se asombre
tema yo, pues soy mujer.

CLEM. Juzgan pagar la amistad,
el deber, la gratitud,
con esa falsa virtud
que miente á la caridad:
y en cumpliendo mal ó bien
los preceptos de costumbre,
¿qué importa la pesadumbre
que otro sufra? Pero quién

FLOR. dice, señor don Clemente,
que no quiero?... me resigno
si es menester.

CLEM. Dios benigno
lo premiará.

FLOR. Solamente

que dudo, temo y vacilo...
Si la señora se niega...
y si el Enriquito llega
á saber... estoy en vilo!
Separarme de mi Juan
por un año, dos ó tres...
y fingir que es y no es...
lo que no fué... No hay afan
con que mi temor no cuadre.
Habla usted de fe, conciencia,
de rectitud, de experiencia...
y eso ¿qué prueba á una madre?
Unos dirán... fué codicia!
y así mozos como viejos
irán tan lejos... tan lejos...
cuanto pueda la malicia!...

CLEM. Dios siempre ayuda á los buenos.

FLOR. Sí, señor, mi corazon,
no negará esa razon
pero... hay sus más y sus ménos.

CLEM. De la duda á la blasfemia
sólo hay un paso.

FLOR. Yo veré...
y cuanto usted mande haré;
Dios lo quiere...

CLEM. Y Dios lo premia.

ESCENA XII.

DICHOS, MARTA, que sale corriendo muy azorada y recita por intervalos.

MARTA. Don Clemente!... Florentina!...
Vayan!... ay!... me va á dar algo!...
el otro... ¡Si es el demonio!...
Si cada vez es más malo!

FLOR. Pero acaba...

CLEM. ¡Di que ha sido!...

MARTA. Poco ménos que un milagro!...
Hace un instante salieron
juntos los dos...

FLOR. Bien; al caso.

MARTA. Al parecer muy alegres...
¡Si iban cogidos del brazo!...
pero al llegar á la noria,
don Enrique... digo, el diablo,
le da tan grande empujon
que consigue echarle abajo.
FLOR. ¡Ay! hijo mio!... (Váse.)
CLEM. Qué dices?...
MARTA. El otro alargó los brazos
y se agarró á don Enrique,
de modo que al dar el salto,
ambos se fueron al fondo.
CLEM. ¡Cómo! (Va á salir.)
MARTA. Ya los han sacado.
(Se vuelve.)
Á los gritos llegó Andrés,
y más, ligero que un rayo
cogió la maroma y... zás!
se deslizó como un barbo.
Luego vinieron los mozos,
y tira... y tira, y á brazo
salieron los tres... Dios mio!
que de pronto viene el daño!
CLEM. No hace nada que salieron
de aquí.
MARTA. Si un escopetazo
no es más listo.
CLEM. Y tu señora?
MARTA. La pobre se ha desmayado.
CLEM. Era de esperar... ¡Corriente!...
MARTA. Vaya, si lo estoy contando
y me dan escalofrios.
CLEM. No hay que perder tiempo, vamos. (Váse.)

ESCENA XIII.

MARTA, despues ANDRÉS.

MARTA. ¡Ay Cristo de la Solana!
Virgen Santa del Sagrario,
una vela de dos libras
y una noria con su cuadro,

he de llevar á Toledo
para la Pascua de mayo.

ANDRES. ¿Estás sola, Marta?

MARTA. Andrés.
¿No ves que sí?

ANDRES. Me he quedado
medio ciego con el susto!
Digo... ¿Te parece?... un baño
de agua de noria es remedio
para los que tengan flato
ó padezcan de los *niervos*.

MARTA. ¿Por qué, dí, no te has mudado?

ANDRES. Múdanse los señoritos;
mas no la gente del campo!...
Tambien en casa hay mudanza...,

MARTA. Cuenta... cuenta.

ANDRES. Anda al diablo.
Yo no sé lo que sucede,
pero ello hay gato encerrado.

MARTA. ¿Pues qué has visto?

ANDRES. ¿Qué he de ver
Los oidos escucharon
secretos que no lo son
aun con los ojos cerrados;
palabras sueltas que sirven
como sirven los retazos
de un papel roto, que dejan
sin un pie lo comenzado,
y el necio se queda á oscuras,
pero aquel que no lo es tanto,
viene á sacar la madeja
por el hilo ó por el cabo.
¡Ya ves que te doy razones!

MARTA. Y todas de pie de banco,
pues me dejas sin saber
lo esencial.

ANDRES. Pues voy al caso.
Don Enrique... el señorito...
el diablo á falta de rabo ..
ya no es Enrique, ya es Juan.
porque á Juan lo han *Enricado*.
Parece que Florentina...

la nodriza... allá en el año...
no se cual, y no sé cómo,
hizo, no sé qué entruchado,
con intencion ó sin ella
no es del cuento, pero al cabo
sucedió lo mas gracioso...
un trueque, ¿entiendes? un cambio,
y puso el uno por otro,
y ahora con sus piés lavados
viene pidiendo su hijo.

MARTA. ¿Qué estás diciendo?

ANDRES. ¡Despacio!

MARTA. ¡Eso es una felonía!

ANDRES. La señora está llorando...
Al don Juanito, ya el don
es tan suyo como el sayo
que le han puesto. ¿Quieres creer
que le están aparejando
la que fué ropa del otro?
y anda el pobre como un gato
con rastra de perol viejo
que parece un espantajo.

MARTA. ¡Y estará tan satisfecho!

ANDRES. ¿Qué ha de estar? Estos villanos
se agarran á la corteza
como el roble; alborotando
corre la casa y reniega
de lo propio y de lo extraño.

MARTA. ¿Y don Enrique qué dice?

ANDRES. Quítale el don, que ya es falso,
tú verás como nos paga
sus travesuras.

MARTA. ¡Menguado!
El hombre que insulta al triste
es un vil!

ANDRES. Eso ya estamos,
pero el ajustar las cuentas
y cobrar algun atraso,
es de gente de razon.

MARTA. Ahí viene; le ves qué pálido!...

ANDRES. No des frente al jabalí,
que le siguen los alanos:

huye del toro vencido
y novio encalabazado.

(Enrique sale con el traje descompuesto y distinto se puede ser del anterior; demudado y pálido. Camina lentamente sin ver á Marta y Andrés hasta que lo marca el diálogo. Estos se habrán retirado á un costado en segundo término.)

ESCENA XIV.

DICHOS y ENRIQUE.

ENR. ¿Qué es lo que pasa por mí?
¿Estoy despierto ó soñando?
Soy hijo de Florentina?
¿Fué mi padre un aldeano?
¿Será tal vez una burla?...
una intriga... No; he notado
en el rostro de mi madre
el dolor y el sobresalto.
¡De mi madre!... no lo era!...
de mi madre... nombre santo!...
que ya no puedo llamar
sino á un ser para mí extraño!...
Y esa señora tan noble
á quien respeto, á quien amo,
no es mi madre... y no he de verla?
¿Y he de vivir separado
de la que tan dulce nombre
llevó siempre?...

ANDRES Esto va malo.

MARTA. Pobrecito, qué desdicha!

ENR. En un instante qué cambio!
Todo á mi vista se aparta
cual de un espíritu malo.
¿Qué delitos yo al nacer
traia para purgarlos,
que tan dura penitencia
se impone por mis pecados?
Es que á mi deber falté,
debiendo haber respetado
lo que la doctrina enseña

entre los buenos cristianos?. .

ANDRES. Vámonos sin que nos vea.

MARTA. Me da lástima.

ANDRES. Hasta cuándo
han de llorar las mujeres!

MARTA. ¡Calla, corazon de palo!

ANDRES. Pisa quedo, no nos sienta.
(La accion con el verso.)

MARTA. ¿Y qué importa? ¿es un pecado?

ANDRES ¿Quieres hacerle sufrir?
no pongas cristal al cuadro.

ENR. Marta, Andrés! ¿Estais aquí?

ANDRES. Sí, señorito; aquí estamos,
y ojalá que así no fuese!

ENR. Sabeis ya?...

ANDRES. Toma, eso es claro;
lo sé todo y no sé nada.

ENR. Qué inconsecuente, qué ingrato
he sido contigo, Andrés!...

ANDRES No señor, si por mí fuese
se habia de armar un ajo!...
¿No hay más que decir á uno
tú no eres tú?... ¿Dónde estamos?
Pues si salieran ahora
todas las gentes buscando
quién fué su padre y su madre
no armarian mal escándalo!...

ENR. Me compadeceis!... ¡Dios justo!
ya no soy tan desgraciado!

ANDRES. Como tuviera yo ahora
un real y muchos cuartos,
y me diera Dios cacumen
y supiera de abogado...
se habia de armar un pleito
más grande...

MARTA. Y que no es mal chasco
el acostarse marqués
y levantarse un pazguato.

ANDRES. Y verse un hombre en la calle
sin saber cómo ni cuando...
Aquí hay trampa; que me cuelguen,
si esa paleta ..

ENR. Cuidado,
que es mi madre.
ANDRES. Ah, sí, es verdad.
MARTA. Observó usted por acaso
en los semblantes malicia?
ENR. Sólo dolor he observado.
Ha sido un sueño violento,
casi no puedo explicarlo.
Despues del lance que visteis,
que fué casual, me llamaron;
sentí llorar, y eran ellos...
y le tenia abrazado...
y tuve celos, y envidia...
(Enternécense los tres alternativamente.)
ANDRES. Los celos son un mal plato.
ENR. Y le llamaba su hijo
delante de mí...
ANDRES. El zanguango!...
ENR. Y despues... luego... mi madre...
¡mi madre!...
ANDRES. Sí, la de ogaño.
ENR. Me dijo...—Pero dejadme,
no puedo seguir... me abraso.
ANDRES. Basta, porque yo tambien...
MARTA. Y yo.
ENR. Amigos... sufro tanto!...
ANDRES. Que un señorito tan lindo,
y tan sabido y tan guapo...
que tenia tanta gracia,
hasta para dar de palos,
vaya, ahora... no puede ser...
En fin, yo he sido soldado
y he visto matar los hombres
en la brecha y en el campo,
sereno, como un doctor
ve morir los apestados;
y lloro, sí señor, lloro,
aunque esto parezca extraño.
MARTA. Si lo que han hecho con él
no se hace con los cristianos.
ANDRES. Los duelos con pan son ménos,
que así lo dice el adagio.

Yo tengo catorce duros...
(Con ternura.)

MARTA. Y yo diez.

ANDRES. Son veinte y cuatro.

MARTA. ¿Voy por ellos?

ANDRES. De seguro;
pues de qué se está tratando?
¡ya que comimos su pan,
justo es volverle un pedazo!

ENR. (Con resolucion.)
Andrés, Marta, más me aflige
vuestro proceder; yo basto
para mí, nada deseo;
tengo un tesoro... mis brazos,
que es fuente de la riqueza,
la tierra unida al trabajo.

MARTA. ¿Oyes? si parece un libro!
Lo que ha perdido ha ganado.

ANDRES. Y yo, torpe, que me estuve
dirigiendo estos colgajos
para la fiesta... ¡qué fiesta!...
funcion es de Jueves santo!
Vayan al suelo ahora mismo...
La señora... estoy temblando!
(Arrancando los adornos que puso ántes.)

ENR. Sostenedme.

ANDRES. Y á mí quién
me sostiene, no veo claro.

ESCENA XV.

DICHOS, la MARQUESA, D. CLEMENTE. La Marquesa abatida baja á sentarse donde ántes. Enrique á un costado en frente. Andrés y Marta al lado opuesto en segundo término.

CLEM. Valor, señora, valor.

MARQ. No puedo más.

CLEM. Vamos, ánimo;
es por su bien.

MARQ. (Mirando á Enrique de soslayo.) Allí está.
¡Qué humilde!...

ENR. (Con sentimiento.) No me ha mirado.

CLEM. Juan, ya de tu porvenir
la señora se hace cargo.
MARTA. Le llama Juan... (Ap. á Andrés.)
ANDRES. Como es cura,
ya se ve... le ha confirmado.
CLEM. Serás feliz, mas trabaja;
jóven eres... (Enrique se mantiene cabizbajo.)
ANDRES. (Ap.) Bien hablamos.
CLEM. La señora te asegura
al mes catorce ducados.
ANDRES. (Id.) No se ahitará.
CLEM. ¿Qué dices?
ANDRES. (Id.) Dice que no es Juan ni Pablo.
MARTA. Si se marcha el señorito,
yo tambien.
ANDRES. Idem, me marcho.
MARQ. ¡Corazones generosos!
CLEM. (Á Enrique.)
Aquí nadie te ha llamado;
si tienes que pedir dilo,
que tu madre está esperando.
ANDRES. ¡Que no te esperara á tí
si quiera Poncio Pilatos. (Ap.)
ENR. Me quisiera despedir (Con humildad.)
de mi... señora.
CLEM. Aceptado.
Ten muy presente que sufre,
y tú tambien...
ENR. Si la canso...
MARQ. ¡Cansarme! nunca!... jamás!
Digo... de hacer bien...
(Conteniéndose á una seña de D. Clemente.)
CLEM. Cuidado...
MARQ. (Ap. á D. Clemente.)
Si no puedo contenerme
y el dolor me está matando!...
CLEM. Mas la palabra empeñada... (Id.)
Su enmienda...
MARQ. Está bien, suframos.
(Enrique pasa al lado de la Marquesa, se arrodilla y toma su mano. Esta se mantiene vuelta ocultando su dolor.)

ENR. Señora, si en algun dia
llegué á besar esta mano
con el título de hijo,
hoy me tornaré en esclavo,
y lleve el perdon de usted
á mi destierro.

MARTA. Llorando
voy á estar cuarenta meses.

CLEM. Muy discreto te has mostrado
en desear dar la vuelta
hácia tu casa.

ANDRES. Habrá ganso!...

MARTA. ¿Dar la vuelta? ¿Cuándo vino? (Ap. á Andrés.)

ANDRES. Despues que ya estaba asado
volvieron á San Lorenzo.

ENR. Señora... (Como para despedirse.)

CLEM. Si prolongamos (Á la Marquesa.)
esta situacion, señora,
es faltar á lo pactado.

MARQ. Bien, don Clemente, apuremos
el cáliz hasta lo amargo. (Levantándose.)

ESCENA XVI.

DICHOS, JUAN, que sale vestido de levita desaliñadamente, y como riñendo con gente que queda dentro de las habitaciones por donde sale.

JUAN. Dejadme todos, dejadme!
¿Dónde está? La voy buscando
y huye, se esconde de mí
como la dicha, ¡inhumanos!...
¡Á que mal hora vinimos!
Á que mal tiempo llegamos!
¿No es verdad que tú no quieres? (Á Enrique.)
¡Nos están martirizando!
¡Yo no puedo ser marqués,
ni rico, ni mayorazgo!...
tan sólo busco á mi madre!...

CLEM. Ahí la tienes. (Señalando á la Marquesa.)

JUAN. Yo no alcanzo...
como puede ser... reniego

de todo; nos revelamos
contra una resolucion
que estriba en un dicho vano.

ANDRES. (Eso, eso; la rebelion,
no faltarán aliliados.)

CLEM. Esta señora es tu madre,
y ve la estás insultando.

JUAN. Señora, yo...

MARQ. (¡Qué tormento!)

CLEM. Juan, Enrique; si olvidados
los derechos maternales
buscais los imaginarios,
sabed pues que Florentina,
vuestra madre, divulgando
lo que pudo ser casual
ó intencion, no averiguarlo,
expuesta queda á un castigo.

JUAN. ¡Á un castigo!... ¿Cómo?...

ENR. ¿Cuándo?

JUAN. Calla, Juan.

ENR. Cállate, Enrique!
Si señor, nos resignamos.

JUAN. Hermano, ¡por Dios, silencio!...

ENR. Silencio, cállate, hermano.
(Quedan abrazados despues de haber dicho los anteriores versos.)

CLEM. (¿Empieza usted á conocer (Á la Marquesa.)
el sacrificio?

MARQ. Pedazos
se está haciendo el corazon,
pero es preciso.
(Ap. á D. Clemente.)

CLEM. Suframos.

JUAN. Cuida mucho á nuestra madre.

ENR. Así lo haré.

JUAN. La hace daño
el agua del pueblo, ¿entiendes?
y debes ir á otro lado,
á la fuente de la Encina,
que está un poco mas abajo...
media legua... irás?...

ENR. Iré.

JUAN. Es que pesa mucho el cántaro!
ENR. ¡Si puedo con mi dolor,
puedo con todo!
JUAN. Un abrazo.
ENR. Adios!
JUAN. Adios!...
ENR. Tú tambien
á mi... señora; este llanto
te dice lo que no digo!...
¡No insultes á los criados,
y sé con todos benigno!
Sabe que desde lo alto
Dios nos mira.
JUAN Ya lo sé.
ENR. Á mí por no practicarlo
me castiga.
ANDRES. Aunque yo soy
un necio y un mentecato,
siquiera por despedida,
he de apretarle en mis brazos.
(Abraza á Enrique.)
MARTA. Y yo tambien; que no siempre
es en nosotras pecado
el abrazar á los hombres
por más que estos sean malos.
ENR. Amigos, adios!... Señora...
Don Clemente...

ESCENA XVII Y ULTIMA.

DICHOS, FLORENTINA metiendo prisa.

FLOR. Vamos, vamos!...
JUAN. Madre, adios!...
(Toda esta escena muy animada.)
FLOR. Pobre hijo mio!...
ENR. ¿No he de besarla la mano?...
(Enrique besa y bese la mano á su madre y á Don Clemente.)
MARQ. Ya basta.
(Á D. Clemente, que estará á su lado.)
CLEM. Ya no hay palabra?

MARQ. Mire usted que falta el ánimo.
FLOR. (No puedo más...)
JUAN. Madre! madre!...
ENR. Dios mio!...
(Ya en el fondo para marchar, cae en brazos de Marta y Andrés desfallecido. La Marquesa acude en seguida.)
MARQ. ¡Se ha desmayado!
CLEM. Al fin todo se ha perdido!
MARQ. Yo digo que voy ganando.
FLOR. Pues yo no pierdo mi hijo.
(Dirigiéndose á Juan.)
ENR. ¿Dónde estoy?
MARQ. En mis brazos!
ENR. Mi... señora...
MARQ. / FLOR. ¡¡Hijo del alma!!
(Abrazando cada uno el suyo. Cuadro.)
ANDRES. Pues señor, me llamo á engaño.
MARTA. ¡Carape! vaya unas chanzas
que gastan con los muchachos.
JUAN. Es verdad? ¿no soy su hijo?
(Á Florentina.)
CLEM. No á fe mia.
ANDRES. En qué quedamos?
ENR. Luego ha sido una ficcion?
CLEM. Sí, Enrique, para enseñarte
que sólo en proceder bien
estriba la dicha.
ENR. Cuánto!
cuánto os debo, don Clemente!...
ANDRES. Pues se hace pagar muy caro.
FLOR. Señorito enlevitado...
(Por la que lleva puesta.)
vaya fuera...
JUAN. Toma, toma
tu levita, ya estoy harto;
(Queriéndosela quitar.)
yo me vuelvo á mi alquería.
ENR. La misma que te regalo,
si mi madre lo consiente.
CLEM. Ahora empiezas á ver claro.

Así; de esas travesuras
bueno es hacer el ensayo.
Aquel que regala al pobre,
es más que noble; es cristiano.

FLOR. No lo permitais, señora.

MARQ. Y yo por mi parte añado
ocho mil reales en oro
para Juan.

JUAN. Estoy soñando?
¿Qué haré con tanto dinero?

MARQ. Librarte de ser soldado,
que al fin has sido hijo mio.

JUAN. Yo agradezco, pero... vámonos,
(Á Florentina.)
que si la vida es un sueño,
me quiero morir soñando.

ENR. Yo tambien por mi ventura,
aunque tarde, he despertado
para aprender que el orgullo
es la fuente del engaño.

CLEM. (Al público.) Con prudente educacion,
de un hijo se forma un hombre;
mas si el vicio le da el nombre,
pierde el hombre en condicion.
Poco valdrá la instruccion
si falta moralidad;
es fuente de vanidad
el orgullo en alto grado,
pues Dios nos tiene ordenado
CONTRA SOBERBIA HUMILDAD.

FIN DE LA COMEDIA.





POST-SCRIPTUM.

Á la admirable ejecucion de la señorita Vedia debo en gran parte el éxito de mi comedia: con el mayor gusto le hago esta justicia, corto tributo á su mucho talento.

F. J. Pastor.